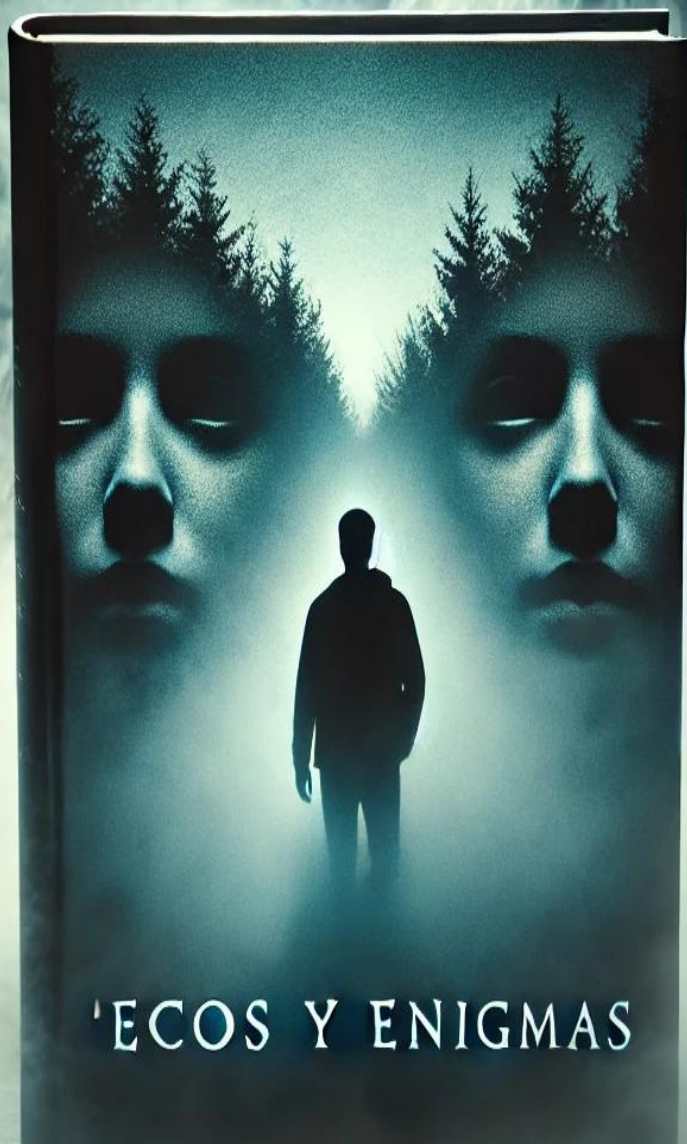




ECOS Y ENIGMAS

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Erika Paola Vilema Cóndor

Michael Alexis Ñacata

Créditos

"Ecos y Enigmas: Relatos que Despiertan la Imaginación"

Autores

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Erika Paola Vilema Cóndor

Michael Alexis Ñacata Loachamin

Primera edición impresa: 21 de marzo, 2025

ISBN: 978-9942-7324-9-1

Revisión científica:

Dra. Marcia Arbusti – Universidad Nacional de Rosario

Msc. Juan Carlos Aimara – Universidad Central del Ecuador

Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: Pablo Cevallos

Imagen de cubierta: Diseño del autor

ISBN: 978-9942-7324-9-1



Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Impresa son de los Autores

DEDICATORIA

Para Eithan Darcy,

*Nuestra mayor inspiración y la luz de nuestra vida.
Que siempre encuentres en los libros un refugio de
aventuras, aprendizajes y sueños. Siempre
estaremos aquí para ti*

Con todo nuestro amor,

Erika (mamá) y Michael (papá).

Introducción

Las historias son ecos del tiempo, fragmentos de realidades que se pierden en la memoria, pero que persisten en las sombras del pensamiento. Son enigmas que aguardan ser resueltos, susurros de lo desconocido que se entrelazan con nuestra propia existencia.

"Ecos y Enigmas" es un viaje a través de relatos que desafían lo evidente, donde lo cotidiano se funde con lo extraordinario, y lo inexplicable cobra vida en cada página. Aquí, las palabras construyen pasajes hacia lo oculto, hacia aquello que se escapa de la razón y se refugia en los rincones de la incertidumbre.

Cada historia en este libro es una puerta abierta a lo inesperado. Algunas revelarán misterios que desafían la lógica, otras te sumergirán en emociones intensas donde el amor, el miedo y la nostalgia se entrelazan con lo sobrenatural. En estas páginas, los silencios tienen voz, las

sombras ocultan secretos y el destino se escribe con trazos de incertidumbre.

Los personajes que habitan estos relatos no son solo creaciones de la imaginación; son reflejos de las pasiones y temores que residen en cada uno de nosotros. Son almas atrapadas en dilemas imposibles, en encuentros que desafían el tiempo, en decisiones que marcan el límite entre la realidad y la fantasía.

Aquí no hay respuestas absolutas. Cada lector descubrirá sus propias verdades en los ecos de estas historias, en los enigmas que dejan tras de sí.

Te invito a sumergirte en este laberinto de palabras, a abrir tu mente a lo desconocido y a dejarte llevar por las voces que susurran desde las páginas. Tal vez, al final, descubras que los ecos y los enigmas también resuenan en ti.

**"Ecos y Enigmas: Relatos que
Despiertan la Imaginación"**

BIOGRAFÍAS

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Nacido en Quito el 3 de enero de 1997, creció en una familia profundamente apasionada por la educación y la literatura. Desde temprana edad, desarrolló un fuerte interés por los libros y la escritura, lo que lo llevó a estudiar **Pedagogía de la Lengua y Literatura** en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la **Universidad Central del Ecuador**, donde se graduó con honores.

A lo largo de su carrera, Pablo ha enseñado en diversas instituciones educativas, especialmente a estudiantes de secundaria y bachillerato. Su enfoque pedagógico se caracteriza por la integración de tecnologías innovadoras y métodos de enseñanza activos y participativos, los cuales fomentan el pensamiento crítico y la creatividad en el aula. Además, ha participado en múltiples capacitaciones sobre el uso de TIC en la educación y estrategias para mejorar la comprensión lectora, consolidando su reputación como un educador dinámico y visionario.

Mediante la lecto-escritura y su análisis crítico, Pablo no solo conecta su pasión por la enseñanza con su amor por

la literatura, sino que también ofrece nuevas perspectivas que enriquecen la experiencia literaria tanto de sus estudiantes como de sus lectores. Su enfoque pedagógico ha inspirado a numerosos estudiantes, promoviendo una enseñanza más reflexiva, inclusiva y comprometida con la mejora continua de la comprensión lectora.

Además de su trabajo en el aula, Pablo ha participado activamente en proyectos comunitarios orientados a mejorar las habilidades de lectura y escritura en jóvenes. Estos proyectos buscan preparar a los estudiantes para enfrentar con éxito sus desafíos académicos, equipándolos con herramientas esenciales para su desarrollo intelectual y personal.

Erika Paola Vilema Cóndor

Erika, nacida en Quito y con 25 años, ha construido una destacada carrera como docente de Lengua y Literatura, impulsada por su amor por la literatura y su vocación de enseñar. Desde sus años en el Colegio 24 de Mayo, desarrolló una pasión por los clásicos literarios, encontrando inspiración en autoras como Jane Austen y Charlotte Brontë. Su vínculo con las letras creció mientras frecuentaba librerías, donde su amor por la lectura se consolidó.

Su vocación por la enseñanza se remonta a su etapa escolar, cuando una maestra de primaria la motivó a seguir este camino. En 2016, con tan solo 17 años, ingresó a la carrera de Ciencias del Lenguaje y Literatura en la Universidad Central del Ecuador, donde se graduó como licenciada. Más tarde, obtuvo una maestría en Pedagogía, con mención en Currículo, por la Universidad Técnica del Norte.

Erika comenzó su carrera docente enseñando español a extranjeros, y luego se estableció como profesora de Lengua y Literatura en la Unidad Educativa Particular Madre de la Divina Gracia. Durante esta etapa, perfeccionó su enfoque pedagógico, integrando estrategias didácticas innovadoras como el aprendizaje basado en proyectos (ABP) y la metodología STEAM, siempre con el objetivo de atender las necesidades de sus

estudiantes y hacer del aprendizaje un proceso significativo y humanista.

Actualmente, Erika trabaja en la Unidad Educativa Fiscal Simón Bolívar, donde sigue transmitiendo su pasión por la literatura, cultivando en sus estudiantes el amor por el conocimiento y fomentando el pensamiento crítico a través de su enseñanza.

Michael Alexis Ñacata Loachamin

Michael, nacido el 19 de septiembre de 1994 en Quito, Ecuador, descubrió su vocación por la docencia a una edad temprana, inspirado por un profesor de literatura cuyo dominio oratorio lo convenció de que la enseñanza sería el camino que marcaría su vida.

Obtuvo el título de Licenciado en Ciencias de la Educación, con mención en Pedagogía de la Lengua y Literatura, en la prestigiosa Universidad Central del Ecuador. Gracias a su formación, comenzó su carrera docente en instituciones como el Colegio Demetrio San Pedro, CENEC, y la Unidad Educativa Madre de la Divina Gracia, donde adquirió valiosas experiencias educativas. Sin embargo, el hito más significativo en su trayectoria fue su incorporación al Movimiento Fe y Alegría, donde participó en cursos y talleres sobre estrategias metodológicas activas, tales como el aprendizaje basado en proyectos (ABP), la interdisciplinariedad, proyectos de comprensión, uso de rutinas de pensamiento, metacognición, inteligencias múltiples, trabajo colaborativo, portafolios reflexivos, entre otros. Además, recibió capacitaciones en equidad de género, sistemas de mejora, y proyectos de protección a niños, niñas y adolescentes (NNA).

El Corazón de Esmeralda

En el pintoresco pueblo de San Cristóbal, donde las campanas de la iglesia marcaban el ritmo de la vida cotidiana y el aroma de las rosas impregnaba el aire, vivía una joven de alma noble y mirada intensa llamada Esmeralda. Su belleza era tal que los poetas del pueblo componían versos en su honor, pero lo que más destacaba en ella era su corazón generoso, siempre dispuesto a ayudar a los más necesitados.

Entre las calles adoquinadas y las casas de balcones coloridos, también vivía Leonardo, un joven de espíritu audaz y valentía inquebrantable. Su destreza con la espada y su sentido de la justicia lo habían convertido en un héroe local, admirado por todos, pero su verdadero tesoro no era su fama, sino el amor profundo e inquebrantable que sentía por Esmeralda.

Desde el momento en que sus miradas se cruzaron en la plaza central del pueblo,

supieron que estaban destinados a estar juntos. Cada encuentro robado en el jardín de rosas de la iglesia era un respiro en medio de un mundo que se empeñaba en separarlos. Bajo la luz plateada de la luna, entre susurros y caricias temblorosas, sellaron un pacto eterno de amor, jurando desafiar cualquier obstáculo que se interpusiera entre ellos.

Pero el destino, caprichoso y cruel, tenía otros planes.

El sacrificio de Leonardo

El padre de Esmeralda, don Fermín, era un hombre de ambiciones insaciables. No le importaban los sentimientos de su hija, sino los beneficios que su matrimonio podría traerle. Había negociado su mano con un noble adinerado de otra ciudad, sellando su destino con la frialdad de un comerciante que cierra un trato.

Cuando el rumor de la relación entre Esmeralda y Leonardo llegó a sus oídos, su ira fue tan feroz como una tormenta

desatada. Decidió cortar de raíz aquella historia de amor que amenazaba sus planes y ordenó a sus hombres encargarse del joven.

Una tarde sombría, cuando la brisa presagiaba una tragedia inminente, Leonardo aguardaba en el jardín de rosas, impaciente por ver a su amada. Pero, en lugar de Esmeralda, la sombra de la traición cayó sobre él.

Un grupo de hombres armados lo rodeó, y antes de que pudiera reaccionar, uno de ellos intentó atacarlo. Leonardo, valiente como siempre, desenvainó su espada y se defendió con todas sus fuerzas, pero la lucha era desigual. Uno tras otro, los hombres lo golpeaban sin piedad hasta que sus fuerzas flaquearon.

Ensangrentado y exhausto, fue finalmente derrotado. Lo arrastraron lejos del jardín, lejos de la única persona por la que estaba dispuesto a dar su vida.

La promesa eterna de Esmeralda

Cuando la noticia llegó a Esmeralda, su mundo se desmoronó. Se enfrentó a su padre con una furia que jamás había sentido antes, exigiendo respuestas, pero las palabras que recibió fueron aún más crueles de lo que imaginaba. Leonardo había sido desterrado, expulsado del pueblo sin posibilidad de regresar.

Su corazón se rompió en mil pedazos. El jardín de rosas, antes un refugio de amor, se convirtió en su santuario de tristeza. Allí, rodeada por el perfume de las flores que guardaban los ecos de sus risas y promesas, Esmeralda escribió sus últimos pensamientos para Leonardo:

"Si llega el día en que esto termine, en que tu nombre y el mío ya no sean compatibles, solo quiero que sepas que siempre te amé y te amaré como nunca. Fuiste mi primera vez en muchas cosas, me enseñaste lo que es el amor, me hiciste sentir amada. Nunca voy a entender por qué pasó esto, pero siempre te llevaré conmigo, en mi corazón. Te amo, mi amado Leonardo."

Con lágrimas silenciosas, dobló la carta y la dejó entre las rosas, esperando que el viento la llevara hasta él, allí donde quiera que estuviera.

Desde aquella noche, Esmeralda nunca volvió a ser la misma. Su risa se apagó, su mirada perdió el brillo y su alma quedó atrapada en un amor imposible. Se dice que cada atardecer regresa al jardín, donde el aroma de las rosas susurra el nombre de Leonardo en la brisa, como un eco eterno de un amor que jamás morirá.

Aiden y Oliver

En las vastas tierras del bosque eterno, donde los árboles susurraban historias antiguas con el viento y los ríos reflejaban la luz de la luna como espejos encantados, vivía un joven lobo llamado Aiden.

Aiden pertenecía a una gran manada de lobos de pelaje gris plateado, pero aunque estaba rodeado de los suyos, nunca se sintió realmente parte de ellos. Cada vez que intentaba dar su opinión sobre las estrategias de caza, el mejor lugar para dormir o simplemente expresar sus ideas, su voz era ignorada, acallada por los líderes de la manada. Se sentía invisible, como si su existencia no importara.

Esa sensación de soledad lo acompañaba incluso en los momentos de mayor unión de la manada. En silencio, se preguntaba si alguna vez encontraría un lugar donde pudiera ser escuchado, donde su presencia significara algo.

El encuentro con la sombra del bosque

Una tarde, mientras el sol teñía el cielo de tonos dorados y naranjas, Aiden decidió alejarse un poco del grupo. Se acercó al río, no solo para beber agua fresca, sino también para encontrar un momento de tranquilidad lejos de los suyos.

Fue entonces cuando, al otro lado del río, una visión espeluznante lo paralizó. Un enorme oso pardo, de garras afiladas y hocico manchado de sangre, devoraba lo que quedaba de un alce. La brutalidad de la escena lo hizo retroceder, pero su movimiento fue suficiente para que el oso levantara la cabeza y lo descubriera.

Con un rugido aterrador, el oso se lanzó tras él. Aiden sintió el peligro recorrer su columna como un rayo helado. Sus patas reaccionaron antes que su mente, corriendo tan rápido como podía entre los árboles. Zigzagueó, esquivó ramas y raíces, pero el oso era enorme y poderoso, y cada vez estaba más cerca.

Justo cuando sintió que el aliento caliente del depredador le rozaba el lomo, vio una cueva estrecha entre las rocas y se lanzó dentro sin pensarlo.

El oso gruñó de furia al ver que su presa había escapado. Golpeó las rocas con su descomunal fuerza, tratando de alcanzarlo, pero la entrada era demasiado pequeña para su enorme cuerpo. Después de varios intentos fallidos y de soltar rugidos de frustración, la bestia se rindió y desapareció en la espesura del bosque.

Aiden permaneció en la cueva, su pecho subía y bajaba con rapidez mientras trataba de calmar su agitada respiración. El miedo aún lo envolvía, pero cuando la adrenalina comenzó a desvanecerse, notó un dolor punzante en una de sus patas. Al mirarla, descubrió que tenía una herida profunda, probablemente causada por una roca afilada al huir.

Y lo peor era que ahora estaba perdido.

El felino de fuego

No muy lejos de allí, sobre la rama de un árbol robusto, unos ojos dorados observaban la escena con curiosidad.

Se trataba de Oliver, un ágil y astuto gato de pelaje naranja brillante como una llama. Había visto todo desde lo alto y, en lugar de ignorar la situación como haría cualquier otro animal del bosque, decidió hacer algo que ningún felino haría normalmente: ayudar a un lobo.

Con movimientos silenciosos, Oliver descendió del árbol y se acercó a la cueva donde Aiden se refugiaba. El lobo gruñó al notar su presencia, pero el gato no se inmutó.

—Tranquilo, no vengo a hacerte daño — dijo con voz tranquila—. Vi lo que pasó con el oso... y también vi tu herida.

Aiden miró al felino con recelo, pero el dolor en su pata era insoportable y sabía que no podría regresar solo. Suspiró, dejando de lado su orgullo, y permitió que Oliver se acercara.

Con habilidad, el gato recolectó hojas medicinales de un arbusto cercano y las presionó suavemente sobre la herida del lobo. Aiden sintió alivio casi de inmediato.

—¿Por qué me ayudas? —preguntó Aiden con curiosidad.

Oliver sonrió con picardía.

—Porque nadie merece estar solo.

Así comenzó una amistad inesperada.

Un nuevo comienzo

Oliver, que conocía el bosque mejor que nadie, ayudó a Aiden a encontrar el camino de regreso a su manada. Durante el trayecto, el lobo aprendió muchas cosas del felino: cómo moverse sin ser detectado, cómo interpretar las señales del viento y cómo leer el lenguaje de los árboles y ríos.

Cuando finalmente llegaron a la guarida de la manada, Aiden pensó que Oliver simplemente se despediría y desaparecería

entre las sombras del bosque. Pero el gato se quedó a su lado.

Los lobos se sorprendieron al ver a Aiden regresar acompañado de un gato. No solo por la extraña compañía, sino porque el lobo que había partido como un marginado, regresaba con un aire diferente, con una seguridad que nunca antes habían visto en él.

Aiden contó lo sucedido, narró cómo Oliver lo había salvado y cómo, a pesar de ser de una especie diferente, le había enseñado el valor de la amistad y la importancia de ser escuchado.

Aquella noche, la manada reflexionó sobre cómo habían tratado a Aiden. Se dieron cuenta de su error, de la soledad que le habían hecho sentir y, por primera vez, comenzaron a incluirlo verdaderamente en las decisiones.

Y Oliver, el gato que antes recorría el bosque en solitario, fue aceptado como uno más de la familia.

Desde entonces, Aiden nunca más se sintió solo o ignorado, y Oliver, que jamás había imaginado pertenecer a una manada de lobos, descubrió el verdadero significado del compañerismo.

Juntos, vivieron muchas aventuras, demostrando que la verdadera amistad no entiende de diferencias, sino de corazones que se escuchan y se apoyan mutuamente.

Retorcida Conciencia

En el sombrío laberinto de la mente humana, donde las fronteras entre lo real y lo imaginario se desdibujan, habita una historia envuelta en sombras, una historia de un hombre cuyo nombre se ha perdido en el eco del tiempo, consumido por la oscuridad de su propia existencia.

Desde la infancia, el mundo se mostró despiadado con él. Cada golpe del destino, cada indiferencia y cada herida fueron cicatrices invisibles que lo marcaron, erosionando lentamente su humanidad. Años de abandono y desesperanza lo rodearon como una niebla densa y asfixiante, hasta que su alma, alguna vez inocente, se vio sepultada bajo capas de resentimiento y furia contenida.

Las sombras del mundo exterior se filtraron en su ser, despertando algo primitivo y oscuro. La rabia se convirtió en su compañera más fiel, el odio en su alimento y la venganza en su único

propósito. Pero este abismo no fue creado solo por el sufrimiento; fue el eco de su propia mente, distorsionando su percepción de la realidad, convirtiendo cada mirada ajena en un juicio, cada gesto en una burla, cada palabra en una sentencia de condena.

Ya no era un hombre. Era un eco de su propia sombra.

El nacimiento del monstruo

Las noches sin luna eran sus aliadas. Bajo el manto de la oscuridad, se movía entre callejones como un espectro errante, acechando a aquellos que, en su distorsionada visión, eran el reflejo de su sufrimiento. La miseria en la que había sido forjado no le permitió concebir la compasión, solo el deseo insaciable de ver el miedo en los ojos de otros, de hacerles sentir la misma angustia que había corroído su alma.

Su primer crimen no fue premeditado, sino el resultado de una tormenta de ira que lo dominó. Un insulto, una mirada que le pareció burlona, una provocación imaginaria... y sus manos, guiadas por una fuerza que ya no controlaba, sellaron el destino de su primera víctima.

La sangre derramada no lo horrorizó. Al contrario, le trajo una efímera sensación de control, una ilusión de poder en un mundo donde siempre había sido débil.

Pero la paz no llegó.

Con cada alma que arrebatava, su tormento crecía. Los rostros de los caídos no desaparecían, sino que se grababan en su mente, multiplicándose en cada rincón oscuro de su conciencia. Lo acechaban en los reflejos de los charcos tras la lluvia, en el viento que silbaba entre las calles, en los susurros de la noche.

Aun así, siguió. Porque el monstruo ya había despertado y no sabía cómo detenerlo.

La cacería invertida

Con el tiempo, su locura se volvió su única realidad. No sabía si lo que veía era real o un delirio de su mente atormentada. Lo único que sabía con certeza era que ya no estaba solo.

Las sombras comenzaron a seguirlo.

Al principio, eran simples presencias, destellos fugaces en su visión periférica. Luego, se volvieron más nítidas: siluetas difusas con ojos huecos que lo observaban desde los rincones oscuros, desde los reflejos en los vidrios, desde los pasillos vacíos.

Las voces llegaron después. No eran gritos, no eran alaridos de venganza. Eran susurros, fríos como el aliento de la muerte, repitiendo su nombre con una cadencia inhumana. Lo llamaban, lo acusaban, lo

arrastraban a un abismo del que no había retorno.

Y entonces entendió.

Él ya no era el cazador.

Las sombras de aquellos a quienes había arrebatado la vida habían regresado para reclamar su alma.

El final que nunca llega

Cada noche, el pasado lo perseguía. Cada callejón era un reflejo de sus propios crímenes, cada sombra una extensión de su culpa. Ya no dormía; cerrar los ojos significaba revivir cada acto de crueldad, cada instante en que había sentido placer al arrancar una vida.

Pero el peor castigo no fue la muerte.

Cuando su cuerpo finalmente cedió, cuando la agonía física terminó y la oscuridad lo envolvió... descubrió que su tormento apenas comenzaba.

Ya no tenía forma, no tenía voz, no tenía descanso. Era una sombra más en el mundo que había creado, atrapado en el mismo infierno que él mismo había construido.

El cazador se convirtió en la presa.

Y la eternidad lo esperaba.

Mi Debut

Todo comenzó un miércoles por la mañana. Me desperté con una extraña sensación en el pecho, como si algo importante estuviera a punto de suceder. No sabía qué era, pero tenía la certeza de que ese día sería especial.

Mi jornada de clases transcurrió con normalidad. Matemáticas, historia, ciencias... todo parecía rutinario, pero mi mente estaba en otro lugar. Desde hacía semanas, mi rendimiento en los entrenamientos de fútbol había mejorado, y eso me llenaba de confianza.

Al llegar a casa, hice mis deberes rápidamente y me preparé para el entrenamiento. Era el momento del día que más esperaba. Salí con rumbo al complejo deportivo, saludé a mi entrenador y a los compañeros de mi categoría, me cambié y me dirigí a la cancha de los grandes.

El entrenamiento fue intenso, pero me sentí más fuerte y seguro de mí mismo. Al final de la sesión, cuando estaba a punto de irme, mi profesor se acercó a mí con una expresión seria.

—Necesito hablar contigo —dijo con voz firme.

Mi corazón se aceleró. Pensé que había hecho algo mal, que quizás no estaba entrenando lo suficiente o que me diría que debía esforzarme más. Sentí un nudo en el estómago.

Pero entonces, sus palabras me sorprendieron.

—Has mejorado bastante en las últimas semanas —dijo—. Tu rendimiento está por encima de muchos de tus compañeros.

No podía creerlo. Una mezcla de emoción y orgullo recorrió todo mi cuerpo. Le agradecí, prometiéndome a mí mismo que seguiría esforzándome.

Al llegar a casa, corrí a contarles la noticia a mis padres. Me felicitaron y me animaron a seguir adelante.

Un llamado inesperado

Al día siguiente, me sentía diferente. Las palabras de mi profesor resonaban en mi cabeza. Durante el recreo, mientras jugaba con mis amigos, sentí que el fútbol era parte de mí, como si fuera tan natural como respirar.

Por la tarde, regresé al complejo para mi entrenamiento habitual. Fue entonces cuando recibí la noticia que cambiaría todo.

Mi entrenador se acercó y me dijo con seriedad:

—Necesito que juegues con la Sub-18 este sábado. Uno de los jugadores sufrió una lesión y te necesitamos en el equipo.

Por un instante, pensé que era un sueño. Mi primera oportunidad de jugar en una categoría superior. Mi debut.

Llegué a casa corriendo, con la emoción a flor de piel. Les conté a mis padres y sus rostros se iluminaron de orgullo. Me dijeron que siguiera así, que confiaban en mí.

Esa noche no pude dormir. Cerraba los ojos e imaginaba el partido, los rivales, la cancha... y sentía nervios. Iba a jugar contra chicos mayores y más fuertes que yo.

El viernes, en la escuela, mi mente estaba en otro lugar. No podía concentrarme. En el recreo, mientras jugaba con mis amigos, hice un mal movimiento y sentí un dolor punzante en el tobillo.

Al principio, no le di importancia. Seguí como si nada. Pero al final del día, el dolor se intensificó.

Preocupado, le mandé un mensaje a mi mamá para que me comprara algo para aliviarlo. Al llegar a casa, tomé una pastilla, pero el dolor persistía. Decidimos ir al centro médico.

El doctor examinó mi tobillo y, aunque no había fractura, me recomendó usar una venda para jugar y evitar complicaciones.

Esa noche dormí poco. No quería que nada arruinara mi debut.

El gran día

Me desperté demasiado temprano, con la ansiedad recorriendo cada fibra de mi cuerpo. Miré el reloj y me di cuenta de que aún faltaban horas para el partido. Intenté volver a dormir, pero fue inútil.

A las 7:45 a.m., mi mamá me despertó oficialmente. Me duché rápidamente, me vestí con mi uniforme y subí al auto con mis padres.

—¿Dónde es el partido? —pregunté con curiosidad.

Mi mamá sonrió.

—En el complejo de Independiente del Valle.

Mi corazón dio un vuelco.

Independiente del Valle no era cualquier equipo. Era uno de los mejores del país, cuna de jugadores que habían llegado lejos, como Moisés Caicedo. Jugar ahí era un sueño que no creía posible.

Cuando llegamos al complejo, la emoción me invadió. El lugar era imponente, con canchas perfectas y una infraestructura de primer nivel.

En los camerinos, mientras me preparaba con mis compañeros, entraron las personas del chequeo médico del IDV. No podía creerlo. Todo esto era real.

Miré a mi alrededor y noté algo: era el más joven de todos.

El entrenador reunió al equipo y antes de salir al campo, propuse hacer una oración. Todos aceptaron, cerramos los ojos y nos concentramos. Era el momento.

Salí a la cancha y el impacto fue inmediato. Los jugadores del IDV eran altos, fuertes,

intimidantes. Pero en mi mente, recordé las palabras de mi entrenador:

"En la cancha, todos somos iguales."

El partido de mi vida

El silbato sonó. El juego comenzó.

Los primeros minutos fueron intensos. El equipo rival tenía un dominio impresionante del balón, pero yo me mantuve firme. Cada pase, cada movimiento, cada decisión contaba.

Sentí los nervios al principio, pero poco a poco entré en ritmo. Me concentré en el juego, en lo que sabía hacer. El miedo desapareció y solo quedó el fútbol.

El partido terminó en empate 1-1. Fue una batalla intensa, llena de adrenalina.

Cuando el silbato final sonó, sentí una mezcla de alivio y satisfacción. Había dado lo mejor de mí.

Mientras caminaba hacia los camerinos, el entrenador del IDV se acercó a mí.

—Juegas muy bien —me dijo—. Sigue adelante. Me gustaría verte en otra ocasión.

Mi corazón se aceleró. No podía creerlo.

Me despedí de mis compañeros con una sonrisa que no podía ocultar. Mi debut había sido mejor de lo que jamás imaginé.

Ese día entendí que los sueños pueden cumplirse cuando trabajas por ellos.

No Todo es Como Aparenta

Una mañana lluviosa y solitaria, en un pequeño pueblo donde el viento susurraba entre las calles vacías, una chica llamada Valentina despertó con una alegría inmensa. Era su cumpleaños número dieciséis.

Llevaba semanas esperando este día y, por fin, había llegado. Desde que abrió los ojos, sintió la emoción vibrar en su pecho. En cuanto salió de su habitación, fue recibida con abrazos y sonrisas por parte de su familia.

Su madre, Mónica, la observaba con ternura. Veía en ella la niña que había criado con amor, pero también entendía que su pequeña Vale estaba creciendo.

La celebración fue maravillosa. Valentina jugó, bailó y disfrutó cada momento rodeada de sus amigos y familiares. Sin embargo, la mayor sorpresa llegó cuando

su madre le entregó un pequeño paquete envuelto en papel brillante.

—Este es mi regalo para ti —le dijo con una sonrisa.

Cuando Valentina rasgó el envoltorio y vio el teléfono más moderno del momento, su corazón latió con fuerza.

—¡No lo puedo creer, mamá! ¡Gracias! —exclamó emocionada, abrazándola con fuerza.

—Prométeme que lo usarás con responsabilidad —advirtió su madre con dulzura—. Las redes sociales pueden ser un arma de doble filo.

Valentina asintió, convencida de que nunca permitiría que algo así la afectara.

Pero con el tiempo, las promesas pueden desvanecerse sin que uno lo note.

El encanto de un mundo virtual

Al día siguiente, Valentina no pudo evitar estrenar su teléfono. Creó perfiles en varias

redes sociales, subió fotos, exploró contenido y descubrió un universo totalmente nuevo.

Al principio, todo parecía inofensivo. Compartía momentos con sus amigos, seguía a sus artistas favoritos y veía videos de moda y entretenimiento.

Pero, poco a poco, su atención se desvió hacia un tipo de contenido diferente.

Las pantallas le mostraban vidas perfectas, chicas con cuerpos esbeltos, rostros impecables y sonrisas llenas de confianza. Sus perfiles estaban llenos de viajes, lujos y felicidad sin límites.

Valentina comenzó a compararse. Cada vez que se miraba al espejo, ya no veía lo mismo. ¿Por qué no era tan bonita como ellas? ¿Por qué su piel tenía imperfecciones? ¿Por qué su vida no era tan emocionante?

Su reflejo se volvió su peor enemigo.

El inicio del cambio

Las redes sociales que al inicio eran un simple pasatiempo se convirtieron en una obsesión.

Pasaba horas viendo videos de chicas con cuerpos perfectos, buscando formas de parecerse a ellas. Su vida real comenzó a desdibujarse.

Se alejó de sus amigos, dejó de compartir momentos con su familia y su mundo giraba únicamente en torno a la pantalla.

Cuando su madre intentó hablar con ella, Valentina la ignoró.

—Vale, últimamente no pasamos tiempo juntas...

—Estoy ocupada, mamá —respondía sin despegar los ojos del teléfono.

Mónica la miraba con preocupación. ¿Dónde estaba la niña que se emocionaba con las cosas simples?

Y luego vino lo peor.

Valentina, convencida de que su apariencia no era suficiente, decidió cambiar radicalmente.

Primero, redujo la cantidad de comida que ingería. Se obligaba a comer menos, incluso evitaba el almuerzo con excusas.

Pero no fue suficiente.

Cuando su madre la obligaba a comer, iba al baño y vomitaba en silencio.

Empezó a seguir rutinas de ejercicios intensas que encontraba en internet, sin descanso, sin importar cuánto doliera.

Se maquillaba todos los días para ocultar sus inseguridades. Mirarse al espejo sin base, sin delineador, sin filtros... era insoportable.

Nada era suficiente.

El punto de quiebre

Mónica, desesperada al ver el deterioro físico y emocional de su hija, decidió llevarla al psicólogo.

Valentina se resistió al principio, pero finalmente aceptó. Sabía que algo dentro de ella no estaba bien.

Su psicóloga, Alejandra, la recibió con una mirada comprensiva.

—¿Qué te trae aquí, Valentina?

Por primera vez en mucho tiempo, Vale sintió la necesidad de hablar. De soltar el peso que la oprimía.

Le contó todo: cómo las redes la habían atrapado, cómo se comparaba con otras chicas, cómo había cambiado su vida sin que se diera cuenta.

Alejandra la escuchó con paciencia y le respondió con palabras que marcaron un antes y un después.

—Es normal sentir inseguridad —le explicó—. Vivimos en un mundo donde todo parece perfecto, pero en realidad no lo es. Lo que ves en redes sociales es solo una parte de la historia. Nadie muestra sus

momentos difíciles, sus imperfecciones, sus luchas internas. No todo es como aparenta.

Valentina no respondió de inmediato, pero sus palabras quedaron grabadas en su mente.

Por semanas, trabajó con su psicóloga en recuperar su amor propio. Entendió que no necesitaba encajar en un molde irreal para ser valiosa.

No dejó de hacer ejercicio, pero ahora lo hacía por su salud, no por una obsesión. No dejó de arreglarse, pero aprendió a amarse incluso sin maquillaje. No dejó de usar redes sociales, pero ahora las veía con ojos diferentes.

Poco a poco, volvió a ser Valentina.

Una nueva perspectiva

Un día, al salir de la terapia, decidió reencontrarse con su realidad.

Se reunió con sus amigos, se dio cuenta de que ellos tampoco eran "perfectos". Algunos eran altos, otros bajitos, unos tenían granitos, otros usaban lentes. Pero eran felices.

La verdadera felicidad no estaba en filtros o apariencias, sino en ser auténticos.

Al llegar a casa, su madre la esperaba con los brazos abiertos.

—Te extrañé, Vale —le dijo con los ojos brillosos.

—Yo también te extrañé, mamá —respondió, abrazándola con fuerza.

Ese día, entendió que no necesitaba cambiar para ser suficiente.

Ella ya lo era.

Mis Ganas de Vivir

En un humilde pueblo, entre calles de tierra y casas modestas, vivía una niña llamada Sofía. Desde que tenía uso de razón, su vida había estado marcada por la lucha. Las dificultades económicas no solo afectaban a su familia, sino también su infancia, que se vio llena de sacrificios y responsabilidades que otros niños no conocían.

Pero la mayor prueba llegó cuando apenas tenía seis años.

El día en que sus padres la llevaron al hospital para una revisión médica, no imaginaban que sus vidas cambiarían para siempre.

Los médicos, con rostros serios y palabras que parecían cuchillas afiladas, le dieron la noticia que nadie quería escuchar:

—Sofía... tienes una enfermedad mortal.

El mundo se volvió un susurro distante. Los colores se desvanecieron, las voces se ahogaron, y la niña, tan pequeña, sintió el peso de algo demasiado grande para ella.

Por semanas, cayó en un abismo de tristeza.

No entendía por qué le pasaba esto, por qué la vida había decidido ponerle este obstáculo. Se sentía atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar.

Pero un día algo cambió.

Sofía, con la inocencia y valentía que solo los niños tienen, decidió que no dejaría que la enfermedad le arrebatara lo más valioso que tenía: sus ganas de vivir.

Un encuentro inesperado

Los días en el hospital se volvieron su nueva rutina. Las agujas, los medicamentos y las batas blancas eran parte de su día a día.

Hasta que, en una de esas mañanas frías y silenciosas, conoció a Rosa, una anciana de

cabello canoso y sonrisa cansada que ocupaba la habitación junto a la suya.

Desde el primer momento, sintieron una conexión inexplicable.

—Hola, niña bonita —dijo Rosa con una voz dulce pero débil—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque estoy enferma... —respondió Sofía con un suspiro.

—Yo también —dijo la anciana, sonriendo con tristeza—. Parece que tenemos algo en común.

Así, nació una amistad inesperada.

Pasaban las horas hablando, compartiendo historias y sueños. Sofía le contaba sobre su amor por los animales, sobre cómo soñaba con tener un perrito y correr con él por los campos.

Rosa, en cambio, le hablaba de su pasado, de su juventud llena de aventuras y, sobre

todo, de su amor por sus nietos, quienes eran su única razón para seguir adelante.

Pero a diferencia de Sofía, Rosa ya no veía sentido en seguir luchando.

—Me queda poco tiempo, pequeña —le confesó un día—. No sé si valga la pena seguir intentándolo.

Sofía, con su corazón lleno de luz, se negó a aceptar esas palabras.

—¡Claro que vale la pena! —dijo con firmeza—. Cada día que tenemos es un regalo. No importa cuánto nos quede, lo importante es cómo lo vivimos.

Las palabras de la niña resonaron en el alma de Rosa. Por primera vez en mucho tiempo, sintió esperanza.

La despedida

El tiempo pasó y, aunque ambas se aferraban a la vida con todas sus fuerzas, sus cuerpos se iban debilitando poco a poco.

Sin embargo, nunca dejaron de sonreír.

Hasta que llegó el día que Sofía más temía.

Rosa, su amiga, su confidente, cerró los ojos por última vez.

El hospital se sintió más frío, más vacío. Sofía lloró en silencio, abrazando el recuerdo de su única amiga.

Pero algo dentro de ella cambió. Comprendió que la muerte no era el final, sino solo una parte del camino.

Rosa le había enseñado lo más importante: valorar la vida en cada instante, sin importar cuán corta o difícil fuera.

Y así, con más gratitud que tristeza, Sofía decidió vivir con más pasión que nunca.

El legado de Sofía

Los días pasaron, y aunque su enfermedad avanzaba, Sofía nunca perdió su esencia.

Se volvió una inspiración para todos en el hospital. Era la niña que reía en los pasillos,

que contagiaba esperanza a quienes la rodeaban.

Hasta que, finalmente, su cuerpo ya no pudo más.

Pero su historia no terminó ahí.

Los médicos, las enfermeras, su familia y todos los que la conocieron recordaron su valentía y su alegría de vivir.

Porque Sofía no fue una niña que se rindió ante la adversidad.

Fue una niña que nos enseñó que cada día es un regalo.

Fue una niña que vivió plenamente, incluso en la fragilidad de la enfermedad.

Y su historia, llena de amor y coraje, quedó grabada en el corazón de todos los que la conocieron.

Un perro llamado Lucas

Era una tarde soleada en la cual se puedo ver a un perro salchicha que era muy feliz hasta que un día sus dueños decidieron regalarlo pues ya contaban con muchos perros a los cuales debían cuidar después, de un largo tiempo llegó una familia debido a que querían ver a cual perro adoptar puesto que los dueños estaban regalando a dos perros uno, que era un perro salchicha, y otro que era de raza Golden esta familia contaba con su hijo el cual se llamaba Fernando este tenía la decisión de ver a cual perro llevarse gracias a que sus padres decidieron que uno de estos perros era un regalo para Fernando, el niño ya se había decidido pues escogió al perro salchicha los padres agradecieron a los dueños ya que gracias a esta

obra se podía ver a Fernando más feliz que nunca, tiempo después la familia de Fernando estaba volviendo a su casa pero Fernando vio que su perro empezó a vomitar en seguida sus padres se dieron cuenta haciendo que paren su coche y dándole una funda a Fernando para que cuide a su nuevo perro, al llegar a casa le pusieron en una tina para lavar ropa , es importante recalcar que en ese tiempo Fernando no contaba con otra casa para perro gracias a que Fernando tenía un perro llamado pitufo, Fernando siempre solía levantarse a las 4 de la mañana para poder dar de comer a su perro ya que después tenía que ir a su escuela, por otra parte en el camino de regreso a casa Fernando fue pensando en que nombre le iba a poner al perro debido a que quería que este fuera único por lo tanto después de tanto tiempo se decidió por ponerle el nombre de Lucas al principio Lucas y su otro perro llamado pitufo no se llevaban a pesar de que no se llevaban

Fernando intentaba hacer que sus dos perros puedan llevarse mejor así pasaron los años y Fernando pudo observar que durante todo ese tiempo sus perros eran inseparables, a menudo se podía observar en las calles a pitufo y Lucas ellos iban a cualquier lado juntos, comían muy bien su familia les daban croquetas, sopas, galletas, pollo, arroz, su familia les enseñaban modales pues los perros estaban muy bien educados al momento de darles la comida ellos hacían trucos por la felicidad y por lo bien que lo educaron sus dueños aunque Lucas y Pitufo sabían irse de la casa solos gracias a que conocían muy bien el camino, Lucas no podía por lo que estaba acostumbrado a salir con su amigo pitufo y no conocía el camino de regreso a casa un día Lucas había salido de su casa solo por primera vez Fernando al darse cuenta de la falta de su presencia corrió en su búsqueda, a los lejos pudo observar como un carro se acercaba rápidamente hacia su perro Lucas en un

acto desesperado Fernando corrió y pudo salvar a Lucas de ser atropellado así paso mucho tiempo, poco a poco Lucas se fue acostumbrando a poder salir solo de su casa y volver sano, hasta que un día lluvioso.

Fernando estaba listo para ir a dormir pero noto que su perro no estaba pues Fernando sabia la hora de llegada de este lo que hizo que Fernando se muera de la preocupación, su familia rápidamente salió en busca de su perro, Fernando tuvo pensamientos de que algo le pudo haber pasado , lo que provocó que Fernando se ponga a llorar, él pensaba en hacer carteles para ver si así podía encontrar a su perro pero sus papas dijeron que no se preocupe que todo iba a estar bien Fernando logro escuchar un ruido a las 3 de la mañana, salió y puedo ver que era su perro él lo abrazo rápidamente y empezó a llorar de la alegría ya que si pudo encontrar a su perro varios años más tarde Lucas empezó a mostrar una bola en el

cuello, Fernando lo llevo a el veterinario y le dijeron que tiene un tumor en el cuello y si no hace un tratamiento rápido a este le podía dar cáncer, la familia de Fernando al enterarse de esto empezó el tratamiento para que Lucas vuelva a tener mucha energía y se pueda recuperar los meses pasaron y el tratamiento parecía no tener resultados.

Lucas seguía enfermo los meses pasaron y cada vez más este empeoraba hasta que un día sucedió la tragedia, era un día como cualquier otro Fernando estaba listo para poder ir a desayunar el escuchó a lo lejos la puerta de su casa abrirse, Lucas salía corriendo de su casa Fernando salió de su casa y fue tras el pero vio que Lucas tenía otros amigos así que no le dio importancia este pensó que dentro de un momento Lucas iba a volver a su casa pero esto no fue lo que ocurrió después Fernando se dio cuenta que su perro ya no volvió el espero hasta

5 horas más tarde y ya no volvió el

siguió

esperando pero después se dio cuenta que algo iba mal porque ya no volvió pasaron las semanas y Fernando estaba deprimido su familia empezó a hacer volantes ofreciendo recompensas por volver a ver a su perro pasaron los meses Fernando nunca más volvió a saber de su perro Lucas ahora solo le quedaba su perro pitufo Fernando cuidó muy bien y todos los movimientos que hacía su perro puesto que no quería que pase lo mismo que paso con Lucas todo estaba saliendo muy bien, su perro siempre acompañaba a Fernando, Fernando lo seguía

todas partes para que este no se pierda aunque no era necesario ya que su perro se sabía todas las calles y si sabía el camino a casa, ya vivía 7 años en ese lugar debido a que el perro también fue un regalo para Fernando seguía viviendo muy feliz pero cada que su familia hablaba del tema de su otro

perro, este no soportaba las ganas de llorar el tiempo fue pasando Fernando poco a poco se iba olvidando de su perro Lucas, un día su perro sufrió un accidente y ya no pudo volver a caminar y su familia tomo la decisión de dormir a su perro para que este ya no sufra más.

Al final Fernando comprendió que no puede cambiar las cosas que ya están destinadas a suceder.

Un Perro Llamado Lucas

Era una tarde soleada cuando Lucas, un pequeño perro salchicha de ojos brillantes y energía inagotable, corría feliz por el jardín de la casa donde había vivido desde que era un cachorro. Sin embargo, aquel día su felicidad se vería empañada por una decisión que cambiaría su destino para siempre.

Sus dueños, con un gesto de tristeza, habían decidido regalarlo. Ya tenían demasiados perros y no podían hacerse cargo de todos. Junto a Lucas, también ofrecían en adopción a otro perro, un hermoso Golden Retriever.

Ese mismo día, llegó una familia en busca de una mascota. Iban acompañados de su hijo, Fernando, un niño de mirada curiosa y corazón bondadoso.

—Puedes elegir el que más te guste —le dijeron sus padres.

Fernando observó a los dos perros. El Golden era majestuoso, fuerte y de mirada noble, pero había algo en el pequeño perro salchicha que lo atrapó. Su ternura, su mirada llena de vida, su energía vibrante...

—Quiero a Lucas —dijo con decisión.

El niño no lo pensó dos veces. Sabía que ese perro era para él.

Sus padres agradecieron a los antiguos dueños y, con el corazón lleno de emoción, llevaron a Lucas a su nuevo hogar.

El comienzo de una nueva vida

Durante el camino de regreso, Fernando no dejaba de acariciar a Lucas, hablándole con dulzura, imaginando todas las aventuras que vivirían juntos.

Pero algo inesperado ocurrió.

De repente, Lucas comenzó a vomitar en el asiento del auto.

—¡Papá, mamá! ¡Algo le pasa! — exclamó Fernando, preocupado.

Rápidamente, detuvieron el coche y le dieron una bolsa a Fernando para que cuidara a su nuevo amigo.

Cuando llegaron a casa, le prepararon un lugar especial. En ese momento no tenían una casa para perros disponible, así que lo colocaron en una tina grande, asegurándose de que estuviera cómodo.

Fernando ya tenía otro perro llamado Pitufu, un compañero fiel que lo había acompañado durante años. Sin embargo, cuando Lucas llegó, Pitufu no pareció muy contento con la idea.

Los primeros días fueron difíciles. Lucas y Pitufu no se llevaban bien, evitaban jugar juntos y se gruñían cuando se acercaban demasiado.

Pero Fernando no se dio por vencido. Día tras día, con paciencia y amor, fomentó su amistad.

El tiempo pasó y, poco a poco, Lucas y Pitufu se convirtieron en inseparables.

Se podía ver a ambos corriendo por las calles del barrio, explorando cada rincón, compartiendo comidas y juegos. Su vínculo era tan fuerte que parecía que siempre habían sido hermanos.

Una amistad que desafía el tiempo

Lucas aprendió las reglas de la casa y se convirtió en un perro educado. La familia lo alimentaba bien y, junto con Pitufu, aprendieron a hacer pequeños trucos para recibir galletas y croquetas.

Pitufu, que conocía el barrio a la perfección, salía solo y siempre encontraba el camino de regreso a casa.

Pero Lucas no tenía esa habilidad. Siempre que salía, lo hacía con Pitufito, su guía y compañero de aventuras.

Un día, Lucas salió solo por primera vez.

Cuando Fernando se dio cuenta de su ausencia, sintió una punzada de miedo.

Salió corriendo por las calles, buscándolo desesperadamente.

A lo lejos, vio algo que hizo que su corazón se detuviera por un instante.

Un coche avanzaba rápidamente... y Lucas estaba en su camino.

Sin pensarlo, Fernando corrió con todas sus fuerzas y, en un acto desesperado, lo rescató justo a tiempo.

Desde ese día, Lucas aprendió a regresar solo a casa, pero Fernando siempre tenía el miedo de perderlo.

Hasta que un día lluvioso... su peor temor se hizo realidad.

La noche en que Lucas no volvió

Era tarde, Fernando estaba listo para ir a dormir, pero antes de acostarse se dio cuenta de algo inquietante:

Lucas no había regresado.

Al principio, trató de calmarse. Tal vez había decidido explorar un poco más... pero las horas pasaron y su angustia creció.

—Papá, mamá... Lucas no ha vuelto — dijo con la voz entrecortada.

Toda la familia salió en su búsqueda. Gritaron su nombre, recorrieron las calles bajo la lluvia, pero no había rastro de él.

Fernando sintió que el mundo se desmoronaba.

¿Dónde estaba su mejor amigo? ¿Por qué no regresaba?

Pensó en hacer carteles, en ofrecer recompensas... pero su madre lo abrazó con ternura y le dijo que todo estaría bien.

A las tres de la mañana, un ruido en la puerta despertó a Fernando.

Se levantó de un salto y corrió afuera.

Ahí estaba Lucas.

Mojado, tembloroso, pero sano.

Fernando lo abrazó con todas sus fuerzas y comenzó a llorar.

—No vuelvas a hacerme esto, ¿sí? —le susurró.

Lucas movió la cola, lamiendo su rostro.

Había vuelto a casa.

El adiós más difícil

Los años pasaron y Lucas envejeció.

Un día, Fernando notó una protuberancia en su cuello.

El veterinario le dio una noticia devastadora:

—Es un tumor. Si no recibe tratamiento, podría convertirse en cáncer.

La familia no dudó en hacer todo lo posible para ayudarlo. Le dieron los mejores cuidados, intentaron cada tratamiento disponible... pero Lucas seguía debilitándose.

Los meses pasaron y su energía se apagaba lentamente.

Hasta que, un día, Lucas salió de casa y nunca regresó.

Fernando esperó por horas, días, semanas... pero su perro jamás volvió.

Hicieron carteles, preguntaron en el barrio, buscaron sin descanso... pero Lucas desapareció para siempre.

El dolor fue inmenso. Fernando sentía un vacío en su corazón.

Solo le quedaba Pitufo, su otro compañero fiel, a quien protegió más que nunca. No quería que la historia se repitiera.

Pero el tiempo no se detiene.

Años después, Pitufo sufrió un accidente y ya no pudo volver a caminar.

Los médicos dijeron que lo mejor era dormirlo, para que no sufriera más.

Fernando, con lágrimas en los ojos, tuvo que despedirse de su último amigo.

Y fue entonces cuando entendió la mayor lección de su vida:

No podía cambiar lo que estaba destinado a suceder.

Pero sí podía atesorar cada momento vivido con ellos.

Porque, aunque ya no estaban a su lado...

Lucas y Pitufu jamás desaparecerían de su corazón.

Un Simple Estruendo

Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos, reflejándose en los ventanales de una fría oficina donde Marco, un hombre de mediana edad, repasaba mentalmente su rutina diaria. Era otra noche como cualquier otra, con el único dilema de si encontraría tráfico en el camino de regreso a casa.

Suspiró con cansancio, apagó su computadora y tomó su abrigo. El edificio estaba casi vacío, solo quedaba el eco de sus propios pasos resonando en el pasillo mientras bajaba por las escaleras que lo llevaban directamente al estacionamiento.

Una brisa helada recorrió su piel cuando subió a su auto y encendió el motor. La soledad del trayecto lo hizo encender la radio, buscando compañía en las voces de los locutores nocturnos.

"Última hora: una falla en el sistema de seguridad de la Institución Psiquiátrica San Rafael ha permitido la fuga de varios pacientes. Autoridades aseguran que la mayoría han sido recapturados y que la situación está bajo control. Sin embargo, se recomienda a los ciudadanos permanecer atentos y reportar cualquier actividad sospechosa."

Marco no le dio mayor importancia. La institución estaba a unos diez kilómetros de la ciudad, y la policía ya se encargaba del asunto. Bajó el volumen de la radio y siguió conduciendo sin preocuparse demasiado.

Después de todo, ¿qué podría pasarle a él?

Recuerdos en la cocina

Al llegar a casa, Marco fue recibido por su gato, un pequeño felino gris que se enredó entre sus piernas pidiendo comida.

—Tranquilo, ya voy —le dijo con una sonrisa cansada mientras se dirigía a la cocina.

La calidez de su hogar contrastaba con el frío de la calle, pero algo lo hizo detenerse por un momento. Una sensación extraña, como si el ambiente estuviera más pesado de lo normal.

Sacudió la cabeza, ignorando el pensamiento y se concentró en la cena. Mientras cortaba algunos ingredientes, su mente viajó a un pasado que aún dolía recordar.

En esa misma cocina, Karen, su esposa, solía moverse con gracia, llenando el lugar con su risa y el aroma de sus platillos. Ella era chef, y juntos solían pasar las noches experimentando nuevas recetas, disfrutando de la complicidad de quienes se aman.

Pero todo cambió el día en que Karen murió en un incendio en el restaurante donde trabajaba.

Marco tragó saliva. Aún podía escuchar su voz en su cabeza, aún podía verla sonriendo entre los reflejos de las ventanas.

Pero ella ya no estaba.

Respiró hondo, sirvió su comida y la del gato, y se obligó a enfocarse en el presente.

El estruendo en la noche

Después de cenar, Marco se recostó en el sofá y encendió la televisión. Un documental sonaba de fondo mientras el cansancio lo arrastraba lentamente al sueño.

Las horas pasaron sin que se diera cuenta, hasta que, de repente...

¡BAM!

Un estruendo retumbó en la casa, despertándolo de golpe. Su corazón latió con fuerza, su respiración se aceleró.

Se incorporó rápidamente y miró a su alrededor. Todo estaba en penumbra, solo el parpadeo de la televisión iluminaba tenuemente la sala.

Confundido, se levantó y caminó con cautela hacia la puerta de entrada.

Estaba abierta.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Él estaba seguro de haberla cerrado antes de acostarse.

—Debe haber sido el viento —
murmuró, tratando de convencerse a sí mismo.

Cerró la puerta y revisó la casa, buscando alguna otra irregularidad. Todo parecía en orden... hasta que entró en la cocina.

Un cuchillo faltaba del estante.

Se quedó inmóvil, mirando el espacio vacío donde solía estar. Su mente intentaba encontrar una explicación lógica, pero la sensación de inquietud comenzó a afianzarse en su pecho.

Respiró hondo. Tal vez lo había dejado en otro lado y no lo recordaba.

Decidió no pensar demasiado en ello y se dirigió a su habitación. El cansancio pesaba más que el miedo.

Se acomodó en la cama, cubriéndose con las mantas mientras su gato se acurrucaba a su lado. Como de costumbre, antes de cerrar los ojos, susurró un "buenas noches" al vacío.

Pero esta vez, añadió algo más.

—Buenas noches, Karen.

Era una costumbre que había abandonado con los años, pero aquella noche la tristeza lo hizo revivirla.

Y entonces... una voz respondió.

"Buenas noches."

La sombra en la oscuridad

El pánico se apoderó de su cuerpo al instante. Su garganta se cerró, su respiración se detuvo, su piel se erizó.

Su mente intentó encontrar una explicación racional.

"Debe haber sido mi imaginación..."

Pero entonces... algo se movió en la oscuridad.

Un crujido sutil.

Un roce contra la madera del suelo.

Y antes de que pudiera reaccionar... un dolor agudo le atravesó la espalda.

Abrió la boca, pero el grito quedó atrapado en su garganta.

El frío metal de un cuchillo se hundía más y más en su carne.

Con los ojos llenos de terror, Marco giró la cabeza y lo vio.

O mejor dicho, la vio.

Una mujer pequeña, delgada, de cabello desaliñado y sonrisa macabra.

Sus ojos brillaban con un deleite enfermizo mientras deslizaba la hoja del cuchillo, cortando con una precisión escalofriante.

No había odio en su rostro. Solo placer.

Marco sintió que las fuerzas lo abandonaban. Su visión se nubló. El dolor se transformó en vacío.

Su cuerpo cayó pesadamente al suelo.

Y la mujer desapareció en la noche, dejando tras de sí solo una manilla de identificación.

La policía llegó horas después, encontrando una escena macabra y una única pista sobre la asesina.

La pulsera revelaba su origen:

Institución Psiquiátrica San Rafael.

Su nombre no estaba claro, pero una palabra destacaba entre sus diagnósticos médicos.

Esquizofrenia.

La noticia se propagó rápidamente. La historia de Marco se convirtió en una

advertencia, en una leyenda urbana que
infundía temor en la ciudad.

Porque su asesina nunca fue encontrada.

Y aún sigue ahí afuera.

Quizás cerca.

Quizás más cerca de lo que imaginas.

Tal vez...

Justo detrás de ti.

¡¡Vamos, compruébalo!!

Recuerdo en la Lluvia

La noche era fría y la lluvia golpeaba con fuerza contra los ventanales de la pequeña casa. El sonido del agua cayendo era lo único que rompía el silencio opresivo de aquel hogar, un hogar que alguna vez estuvo lleno de risas y calidez, pero que ahora solo albergaba el eco de un vacío imposible de llenar.

Allí, en medio de la penumbra, una niña solitaria miraba por la ventana.

Sus ojos reflejaban un dolor demasiado grande para su corta edad, un vacío imposible de explicar. Había perdido a su padre, el hombre que la hacía sentir protegida, el que con su voz calmada le aseguraba que todo estaría bien.

Desde su partida, nada era igual.

Cada vez que llovía, sentía su presencia en cada gota que tocaba su piel.

La lluvia se convirtió en su refugio, en su conexión con él.

Sombras de la mente

Su madre, atenta a cada cambio en su hija, comenzó a notar lo extraño de su comportamiento.

Al principio, pensó que era una fase del duelo, pero con el tiempo, se dio cuenta de que algo más profundo estaba sucediendo.

Una noche, decidió hablar con ella.

—Mi niña... ¿te encuentras mejor desde que pasó todo esto? ¿Necesitas algo?

Para su sorpresa, la niña le respondió con una sonrisa, sin rastros de tristeza en su rostro.

—Estoy bien, mamá. No te preocupes. Solo quiero salir un rato a ver la lluvia.

Su respuesta la inquietó aún más. ¿Cómo podía estar tan tranquila cuando su mundo había cambiado de forma tan drástica?

Intentó buscar ayuda con especialistas en psicología, pero las respuestas fueron aterradoras.

—Este no es un caso común —le dijeron—. Podría tratarse de una desconexión con la realidad.

Las recomendaciones eran claras: debían internarla para evitar que su estado empeorara.

Pero su madre se negó a aceptar la verdad.

No podía ser cierto. No su hija.

Y cuando finalmente lo aceptó, ya era demasiado tarde.

El día de la tormenta

Una tarde, la lluvia caía con más fuerza de lo habitual.

La niña salió de la escuela, como cualquier otro día, pero nunca llegó a casa.

Su madre notó su ausencia de inmediato.

El reloj avanzaba y la desesperación se apoderó de ella.

Alertó a las autoridades.

Inició la búsqueda.

Pero la niña simplemente había desaparecido.

Los días pasaron, y lo que comenzó como una simple desaparición se transformó en un misterio aterrador.

Los oficiales encontraron algo extraño en la información que tenían sobre ella.

Su nombre en los registros no coincidía con el nombre que su madre usaba.

En los documentos, la niña se llamaba Kley.

Pero su madre insistía en llamarla Ally.

¿Por qué?

¿Quién era Ally?

Un eco del pasado

Las investigaciones revelaron una verdad escalofriante.

La niña nunca había perdido a su padre.

Todo lo que había sucedido, todo lo que creía real... no era más que un reflejo de un trauma del pasado.

Su mente había tejido una historia falsa para protegerse del verdadero dolor.

Pero... si su padre no había muerto, entonces quién era la persona que había perdido en una noche de lluvia?

Las piezas comenzaron a encajar.

Allí estaba la respuesta.

Allí estaba la verdad que había permanecido oculta en su mente.

Su hermana gemela, Ally.

Las sombras del ayer

Muchos años atrás, cuando la niña era apenas una infante, su familia había sufrido una tragedia.

Una noche de tormenta, Ally desapareció sin dejar rastro.

Nunca la encontraron.

Desde entonces, el dolor de su ausencia se convirtió en una herida invisible en la mente de su hermana.

Con el tiempo, su mente borro los recuerdos más dolorosos y creó una realidad alterna.

Allí, en ese mundo imaginado, su padre se convirtió en la figura perdida.

La niña no podía aceptar la verdad de su pérdida. No podía soportar que fuera su hermana quien había desaparecido.

Así que su mente cambió la historia.

Y la lluvia, aquella lluvia que la acompañaba cada vez que la recordaba, se convirtió en su conexión con el pasado.

El regreso a la realidad

Después del descubrimiento, los médicos tomaron una decisión inevitable:

Internarla.

El tiempo en el hospital fue largo y difícil, pero poco a poco comenzó a recuperar la conexión con la realidad.

Al pasar los años, finalmente salió del centro psiquiátrico.

Ya era adulta, había aprendido a aceptar su historia, pero los fantasmas del pasado aún la acompañaban.

Ahora tenía otro reto: reencontrarse con su ex pareja y su hija, a quienes había lastimado sin darse cuenta debido a su estado mental.

Ellos, aunque habían sufrido, decidieron perdonarla.

Pero ella sabía que nunca volvería a ser la misma.

Decidió no volver a vivir con ellos, por miedo a recaer, por miedo a perderse en su propia mente otra vez.

En cambio, eligió empezar de nuevo,
con ella misma.

Un recuerdo en la lluvia

Los años pasaron, y aunque su mente
aún jugaba con ella en momentos de
soledad, había aprendido a controlarlo.

Tomaba sus medicamentos, escribía en
un diario, enfrentaba cada día con la
determinación de no dejarse vencer.

Pero en las noches de lluvia...

Todo volvía.

El eco de su hermana, la risa que alguna
vez compartieron, la imagen de una niña
con el mismo rostro que el suyo,
corriendo bajo la tormenta.

Aún la sentía allí.

Aún la veía entre las gotas de lluvia.

Y, aunque sabía que solo era un recuerdo...

No podía evitar sonreír.

Porque, después de todo...

Las personas que amamos nunca se van realmente.

Solo se quedan con nosotros, escondidas en los pequeños detalles...

Como un recuerdo en la lluvia.

Silencio Profundo

El invierno vestía la ciudad con su manto gris. El sol, oculto tras una barrera de nubes, apenas dejaba entrever su luz agonizante, mientras la lluvia caía en un compás melancólico, golpeando las ventanas como un lamento contenido.

Las calles estaban desiertas, sumidas en una quietud sobrecogedora, interrumpida solo por los ladridos lejanos de algunos perros que, como heraldos del abandono, rompían la armonía del silencio.

Aquella tarde tenía el aroma del duelo. Un día fúnebre sin entierro, un luto sin nombre, un vacío que pesaba en el alma.

Yo estaba en mi habitación, tendido sobre mi lecho humilde, con la mente enredada en pensamientos efímeros sobre el mañana. ¿Qué vendrá? ¿Qué sorpresas, qué tragedias se esconderán en el siguiente amanecer?

Las agujas del reloj giraban con la monotonía de un destino inevitable, marcando el paso del tiempo con una indiferencia cruel.

Escuchaba blues.

Aquel género que no solo era música, sino un susurro, un consuelo en la penumbra. Cada acorde me envolvía, se filtraba en mis venas y me recordaba que el dolor, de alguna forma, siempre encuentra su melodía.

El encuentro con la tormenta

Un estruendo en la puerta me sacó de mi ensimismamiento.

Me incorporé lentamente, con el peso de un alma que lleva demasiado tiempo vagando en el abismo de la nostalgia.

Me acerqué a la ventana empañada y pasé los dedos sobre el cristal,

despejando la neblina con un gesto automático.

Allí estaba ella.

Bajo la lluvia, sosteniendo una sombrilla roja.

El rojo de una despedida que nunca comprendí.

Sus ojos reflejaban la tempestad del cielo.

Era la mujer a quien había amado, aquella que conocí entre partituras y silencios compartidos en un conservatorio de música.

Desde el primer momento, nuestros corazones habían hablado el mismo idioma. Cada acorde, cada melodía, era un hilo invisible que nos unía en un mundo donde el tiempo y el dolor no existían.

Cuando le confesé mi amor, ella me respondió con la misma devoción.

Nuestra relación fue como una composición perfecta, un blues melancólico, pero eterno, de esos que habitan en el alma y no necesitan palabras para ser entendidos.

Pero un día, sin previo aviso, se desvaneció.

Como una estrella fugaz que cruza el firmamento y desaparece en el olvido.

Sin explicaciones.

Sin despedidas.

Solo el silencio quedó entre nosotros.

El eco de su voz

Pero ahora, estaba allí, de nuevo frente a mí.

Mi corazón se detuvo por un instante.

¿Era real?

¿O solo un fantasma forjado por la desesperación?

Dio un paso al frente y, con un suspiro que se confundía con el viento, dejó caer palabras que me perforaron el alma:

—El tiempo pasa para todos... Soy como aquella brisa que una vez pasa, y ya no regresa.

Cada palabra era un cuchillo que abría viejas heridas.

—Mi motivo de irme en silencio cuando más juntos estábamos... los ecos de un adiós sin razón... el dolor que te dejé en el pecho, la sombra de una ausencia que no supiste llenar.

Sus ojos, antes llenos de luz, eran ahora un reflejo de la tristeza más absoluta.

Mi cuerpo tembló. Quería responder, gritarle que su ausencia fue un veneno que me consumió lentamente, que sus silencios fueron las notas discordantes que destruyeron nuestra melodía.

Pero las palabras se quedaron atoradas en mi garganta.

Ella levantó una mano y la posó en mi rostro. Su tacto era frío, como si la lluvia la hubiese vaciado de toda calidez.

—Lo siento.

Esa simple frase fue el eco de todo lo que nunca dijo.

Un último acorde antes del fin de la canción.

El despertar en el vacío

La lluvia seguía cayendo.

Los relámpagos iluminaban la habitación
en destellos intermitentes.

Cerré los ojos por un momento... y
cuando los abrí, ella ya no estaba.

Solo quedaba el sonido de la lluvia
golpeando con insistencia la ventana,
como si quisiera recordarme que todo
fue real... o quizás, solo una cruel
invención de mi mente.

Desde aquella noche, no ha dejado de
atormentarme.

A veces, la veo entre la multitud.

Otras veces, siento su presencia en mis
sueños.

Pero lo peor es cuando llueve.

Porque en cada gota que toca mi piel, en
cada trueno que sacude el cielo, escucho
su voz...

Susurros de despedida, notas de una
canción que nunca terminará.

Epílogo: El silencio que nunca muere

Dicen que el tiempo sana las heridas.

Pero hay dolores que nunca
desaparecen, solo aprenden a vivir en el
fondo del alma.

Sigo caminando bajo la lluvia, buscando
respuestas que tal vez nunca encontraré.

Sigo esperando un cierre que jamás
llegará.

Porque algunas despedidas se quedan
atrapadas en la eternidad.

Y el silencio profundo de su ausencia...

Nunca deja de sonar.

Un Corazón Maniático

Estoy completamente desconcertado. Todo lo que he vivido en los últimos meses me ha arrastrado a un torbellino de emociones que ni siquiera yo puedo comprender.

No sé por dónde empezar. ¿Debería hablar de mis sentimientos confusos? ¿O del modo en que se manifiestan y me traicionan?

Siento que nunca reacciono de la manera correcta.

Si muestro entusiasmo ante un gesto de cariño, me miran como si fuera un intenso. Si actúo con desinterés, de inmediato me etiquetan como alguien frío y distante.

No entiendo a las personas. No comprendo su absurda manera de juzgar los sentimientos ajenos.

Son rápidos para opinar cuando ven a una pareja tratándose con una dinámica diferente a la que esperan. Pero, ¿qué saben ellos del amor, del dolor, de las cicatrices invisibles que cada persona arrastra?

Lo que tengo dentro es como una montaña rusa, con subidas emocionantes y caídas brutales. Es algo tan fácil de explicar, pero tan difícil de vivir.

Me ha causado problemas de confianza. ¿Cómo puedo entender lo que quiero, si ni siquiera sé cómo demostrarlo?

Mis emociones están encerradas en una sala de aislamiento dentro de mí, como un grito ahogado que solo yo puedo escuchar.

He recibido consejos de amigos. Algunos dicen que debo ser atento y detallista. Otros insisten en que debo ser

distante, como si el desinterés generara atracción.

Pero, ¿cómo actuar si ni siquiera sé quién soy realmente?

Me gustaría ser simplemente yo. Pero cuando lo intenté... fue el peor error de mi vida.

El amor que nunca fue

Todo comenzó cuando tenía 16 años.

Era un chico inquieto, alegre, extrovertido, hambriento de experiencias y aprendizajes. Pero también era ingenuo.

Mis emociones, como en cualquier adolescente, eran un caos absoluto. No sabía lo que quería, no entendía el amor... hasta que la vi.

Y mi mundo cambió.

Ella era perfecta.

O eso creía yo.

Su cabello negro caía sobre sus hombros en suaves ondas, sus ojos marrones parecían ocultar universos enteros, y su sonrisa... su sonrisa me volvía loco.

Me enamoré de su imagen. Me enamoré de una ilusión.

Fui decidido, entablé conversación con ella y, al principio, todo parecía ir bien.

La dinámica era fluida, la típica charla que promete un avance hacia algo más.

Pero mientras más me obsesionaba con sus virtudes, menos veía sus defectos.

Idealicé a una persona que no conocía realmente. Me aferré a la idea de que ella era todo lo que siempre había querido, sin darme cuenta de que me estaba engañando a mí mismo.

El juego cruel

Fui un tonto.

Ella sabía que me gustaba. Y no dudó en aprovecharlo.

Me trataba como un perrito fiel, un seguidor ciego que haría lo que fuera por un poco de su atención.

Pero yo no lo veía.

Estaba demasiado embobado, demasiado cegado por la idea del amor que me había inventado.

Cuando finalmente creí que era el momento de dar un paso adelante, de confesarle mis sentimientos y hacer real lo que tanto anhelaba...

Ella me destrozó.

Con una sonrisa cínica, sin rastro de arrepentimiento, me confesó la verdad.

Todo había sido un juego.

Yo no significaba nada.

Cada palabra suya era como una bala perforando mi pecho.

Mi cuerpo se paralizó. Mi mente dejó de funcionar.

Todo se derrumbó a mi alrededor, pero yo no fui capaz de reaccionar.

No lloré.

No grité.

No dije nada.

Solo susurré un "lo entiendo" y me marché en silencio.

Pero por dentro, mi corazón era un océano en tempestad, una tormenta de dolor y humillación.

El corazón enjaulado

Esa noche, algo en mí se rompió para siempre.

Desde entonces, mis sentimientos quedaron encerrados.

Mis emociones, que alguna vez fueron libres, quedaron silenciadas, reprimidas en un rincón de mi mente al que ya no quería acceder.

Me convertí en una versión diferente de mí mismo.

Alguien más frío.

Más distante.

Pero dentro de mí, el caos seguía vivo.

Mi corazón seguía sintiendo, seguía gritando, seguía buscando un escape.

Pero no sabía cómo volver a confiar.

No sabía cómo volver a amar.

El peso de los años

Han pasado más de diez años.

Y aún no puedo olvidar.

El dolor sigue ahí, como una cicatriz invisible, como un eco que resuena en mis pensamientos cuando menos lo espero.

A veces me pregunto si la forma en la que trato a las mujeres hoy en día es una respuesta inconsciente a lo que ella me hizo.

Tal vez por eso no permito que nadie se acerque demasiado.

Tal vez por eso cada vez que alguien me muestra interés, me invade un pánico irracional.

Porque mi corazón sigue atrapado en
aquel día.

Porque sigo sintiendo que fui un
estúpido.

Porque sigo sin poder perdonarme.

Un corazón maniático

A veces me pregunto si lo que tengo
dentro es realmente un corazón.

Porque no funciona como debería.

No sabe cómo reaccionar ante el cariño.

No sabe cómo expresar lo que siente.

Está loco, confundido, desorientado.

Siente todo, pero no sabe cómo sentir
amor nuevamente.

Y lo peor...

No sé si alguna vez podré perdonarla.

Pero más que eso...

No sé si alguna vez podré perdonarme a mí mismo.

Me culpo por haberme enamorado de ella.

Por no haber visto las señales.

Por haber permitido que me destruyera.

Pero la vida es así.

A veces, lo que más deseas es lo que más te destruye.

Y, al final del día, uno nunca obtiene lo que espera.

O, si lo hace...

Siempre termina pagando un precio por ello.

Noche, Misterios de Luna

La madrugada de abril traía consigo un aire frío y denso, un manto de sombras que envolvía los árboles del bosque y ocultaba secretos entre sus ramas.

Miré al cielo y vi la luna desaparecer lentamente, señalando el fin de la oscuridad y la inminente llegada de la luz.

Nadie me conoce.

Nadie sabe que los observo, que los sigo, que sé cada movimiento que hacen.

Pero si supieran de mi existencia, me temerían.

O al menos, eso creía.

Hasta que, una noche, mi descuido me llevó a ser visto.

El encuentro inesperado

Fue ella.

Una joven de cabellos oscuros y mirada profunda, un alma solitaria que caminaba entre los árboles como si el bosque le perteneciera.

Por primera vez, alguien me vio.

Por primera vez, alguien no corrió aterrorizado.

Se detuvo a unos metros de mí, su respiración entrecortada por la sorpresa. Esperaba ver terror en sus ojos, un grito, una huida.

Pero en lugar de eso, dio un paso adelante.

Por un instante quise desaparecer, esconderme en las sombras.

Pero no lo hice.

—¿Quién eres? —preguntó con un tono más curioso que temeroso.

Yo, una criatura acostumbrada a la soledad, vacilé.

Pero su voz... su voz era como un hechizo que me atrapó.

Y así, por primera vez en mi existencia, hablé con alguien.

Sombras y secretos

Día tras día, ella volvía a verme.

Nos sentábamos juntos en la misma colina, bajo el cielo teñido de ocaso, y hablábamos durante horas.

El perfume de su piel era distinto a cualquier otro aroma que hubiera sentido. Me hacía sentir... vivo.

Pero había algo en ella.

Algo que no encajaba.

Siempre se iba antes de que la luna apareciera.

Cada vez que la noche caía, se despedía apresurada, como si temiera algo.

Su excusa era siempre la misma:

—Tengo que ir a casa... tengo que dar de comer a los pájaros.

Pero ella no tenía pájaros.

Lo sabía porque yo la observaba en la distancia.

Y en su cabaña, perdida en medio del bosque, nunca había rastro de aves.

Una verdad oculta

La curiosidad se convirtió en inquietud.

Las dudas se transformaron en sospechas.

Entonces tomé una decisión.

Esa noche, cuando ella partió, la seguí.

La vi avanzar entre los árboles, ligera como un susurro, hasta llegar a una cabaña solitaria en la espesura del bosque.

Me acerqué.

Apenas respiraba, cada paso era un latido contenido.

Me escondí entre la maleza y miré a través de la ventana.

Lo que vi me paralizó.

El suelo de la cabaña estaba cubierto de sangre.

Las paredes, manchadas con huellas oscuras.

Restos de cuerpos esparcidos en una macabra exhibición.

Y en medio de todo, ella.

Ya no era la misma muchacha de ojos dulces y voz serena.

Su rostro había cambiado.

Su piel parecía más pálida, sus ojos brillaban con un fulgor antinatural.

En sus manos sostenía una máscara de carne.

No era humana.

El cazador cazado

Un sonido ahogado escapó de mi garganta y en ese instante, ella levantó la cabeza.

Me vio.

Su expresión se deformó en una sonrisa oscura.

Y entonces se movió.

Corría hacia mí.

Sin pensarlo, me di la vuelta y huí. El bosque se convirtió en un laberinto de sombras y ramas que arañaban mi piel mientras corría sin dirección.

Pero ella iba tras de mí.

No podía verla, pero podía sentir su presencia acercándose.

Podía oír su respiración detrás de mí.

Podía escuchar la risa contenida en sus jadeos.

Corrí hasta que mis piernas no pudieron más.

Me oculté entre las raíces de un árbol caído, conteniendo el aliento.

El silencio se extendió.

Y entonces...

Nada.

Había desaparecido.

Pero yo sabía que no estaba a salvo.

El último amanecer

Me quedé allí hasta que la luna desapareció y el sol comenzó a teñir el cielo de tonos naranjas y rojos.

Mi cuerpo temblaba, pero mi mente estaba decidida.

Si lograba sobrevivir hasta el amanecer, si lograba ver un nuevo día, entonces descubriría la verdad.

Pero una pregunta no dejaba de atormentarme:

¿Qué era ella?

Y peor aún...

¿Cómo logró engañarme todo este tiempo?

Quizás mañana lo descubriría.

Si es que vivía para contarlo.

Epílogo: La noche nunca descansa

El día transcurrió con lentitud. El sol parecía burlarse de mí con su luz tibia, como si ignorara la oscuridad que acechaba al caer la noche.

Y entonces llegó la tarde.

Y con la tarde, ella.

Volvió a buscarme, con la misma sonrisa, con la misma voz melódica.

Como si nada hubiera pasado.

Como si no hubiera corrido detrás de mí la noche anterior.

Como si la sangre de su cabaña no existiera.

Pero yo lo sabía.

Sabía que detrás de esa sonrisa se ocultaba algo monstruoso.

Sabía que detrás de esos ojos, la muerte me acechaba.

Y lo peor de todo...

Sabía que esta vez no podría escapar.

¿Por qué lloras, cielo?

El sol brillaba con intensidad en el cielo, pintando de luz las calles y los rostros de las personas que transitaban por la ciudad. Era un día cálido, de esos en los que el tiempo parece suspendido en un verano interminable.

Ana, una niña de mirada curiosa y alma inquieta, caminaba de regreso a casa disfrutando de un trozo de pizza. El aroma del queso derretido y la salsa de tomate la hacía sonreír, como si el mundo entero estuviera en armonía con ella.

Pero la calma no duró mucho.

Las nubes empezaron a acumularse en el cielo, primero tímidas, luego imponentes y densas. El viento comenzó a soplar con fuerza, levantando hojas y polvo, enfriando la tarde de manera inesperada.

Ana miró a su alrededor. Los autos encendían sus limpiaparabrisas.

Las personas corrían en busca de refugio antes de que la tormenta se desatara.

Ella no tenía dónde resguardarse.

Hasta que vio una pequeña tienda en la esquina.

Se apresuró a entrar, justo a tiempo para evitar la primera gran ráfaga de lluvia. Desde la puerta, observó cada gota caer, formando ríos diminutos en el pavimento.

Y entonces, sin pensarlo demasiado, formuló una pregunta al cielo.

—¿Por qué lloras, cielo?

No hubo respuesta.

Solo un rayo que partió el cielo en dos.

Ana se estremeció.

Pocos minutos después, la tormenta se disipó. El sol volvió a asomarse entre las nubes, como si nada hubiera pasado.

Ana agradeció a la señora de la tienda y siguió su camino a casa, sin poder quitarse de la cabeza su pregunta.

El sueño de agua

Llegó a casa empapada, se cambió su uniforme por ropa cómoda y se dispuso a hacer sus deberes.

Matemáticas, física, química, lengua. Cuatro tareas que parecían no tener fin.

Cuando por fin terminó, se dio cuenta de lo tarde que era.

Las 9:32 p.m.

Cenó, se lavó los dientes y la cara, y, agotada, se dejó caer en su cama.

No pasó mucho tiempo antes de que el sueño la envolviera.

Y entonces, soñó con la lluvia.

Cada gota caía con un ritmo pausado, hasta que, sin previo aviso, las gotas comenzaron a agruparse, a girar y a tomar forma.

Frente a ella, se erguía una figura transparente, un ser hecho completamente de agua.

Ana se paralizó.

El agua la observaba con unos ojos líquidos y centelleantes. Era hermosa y aterradora al mismo tiempo.

—¿Qué quieres saber de mí? —preguntó el agua con una voz que parecía el eco de mil ríos susurrando al unísono.

Ana, temblorosa, no supo qué responder.

El agua frunció su acuoso ceño.

—¡Te he hecho una pregunta! ¿Qué me has preguntado? —su voz resonó con fuerza, como un trueno lejano.

—Lo siento... —susurró Ana—. Quiero saber por qué lloras.

La figura acuática se quedó en silencio.

Era como si nadie antes le hubiera preguntado eso.

Finalmente, habló.

El lamento del agua

—La vida en el cielo no es como imaginas, Ana —dijo el agua, con un tono de tristeza que hizo eco en la inmensidad del sueño—.

—Cuando el sol brilla, puedo conversar con los pájaros, ver a las personas caminar sin preocupaciones, sentir el

calor que hace que mi esencia suba al cielo.

—Pero cuando el clima cambia... cuando el mundo se ensucia, cuando el aire se llena de humo, cuando la tierra se ahoga en su propio caos... yo tengo que llover.

Ana frunció el ceño.

—Pero la lluvia es hermosa —dijo en voz baja—. A mí me gusta.

El agua pareció sorprenderse.

—¿Por qué? —preguntó con genuina curiosidad—. Todos me odian.

—Los pájaros no pueden volar cuando lluevo.

—Las plantas se ahogan si lluevo demasiado.

—Las personas se mojan y se enojan.

—La ciudad se llena de tráfico y accidentes.

—Y todo... por mi culpa.

Ana sintió un nudo en el estómago.

Nunca había pensado en ello de esa manera.

No sabía qué decir, pero tampoco quería ver al agua tan triste.

Así que hizo lo único que su corazón le dictaba.

Un consuelo inesperado

—Sé que es difícil sentirse un problema para los demás —susurró Ana—. Yo también lo he sentido.

El agua la miró fijamente.

—A veces, en la escuela, siento que no encajo. Los demás conviven como si yo no estuviera allí.

—Es incómodo ver cómo todos tienen un lugar, y tú... tú solo eres una sombra.

El agua asintió lentamente.

—Creo que somos iguales, Ana.

Ana sonrió con tristeza.

—Sí. Tú eres agua... y yo soy solo una niña.

El agua se quedó en silencio por un momento. Luego, con voz pausada, susurró algo que Ana nunca olvidaría:

—No sé si volvamos a vernos.

—Cuando despiertes, no recordarás este sueño.

—Pero gracias por escucharme.

—No cambies. Las personas como tú valen oro.

Ana sintió que el sueño se desvanecía.

Las sombras se alargaban, el agua se volvía más borrosa.

Sabía que estaba despertando.

—¡Espera! —exclamó—. Gracias por todo lo que nos das, agua.

El agua sonrió.

Ana intentó abrazarla, pero sus brazos la atravesaron como si intentara sostener el viento.

Así que, en su lugar, movió la mano en señal de despedida.

El agua hizo lo mismo.

Y luego...

Todo se oscureció.

La pregunta sin respuesta

Ana abrió los ojos.

El techo de su habitación se dibujaba borroso sobre ella.

Por un momento, no supo si había sido un sueño o una conversación real.

Pero entonces escuchó la lluvia.

Se levantó y corrió a la ventana. Fuera, el cielo lloraba con intensidad.

Las gotas golpeaban el vidrio, bailando con el viento.

Ana miró hacia arriba y, sin pensarlo, repitió la pregunta que ahora tenía un significado más profundo para ella.

—¿Por qué lloras, cielo?

Y esta vez, la lluvia pareció responder con un susurro...

Un secreto que solo el viento podía entender.

ECOS Y ENIGMAS

Los ecos del pasado resuenan en la penumbra, susurrando secretos que el tiempo no ha logrado sepultar. Los enigmas se entrelazan con la realidad, desdibujando los límites entre lo tangible y lo inexplicable.

Ecós y Enigmas es una colección de relatos que exploran los misterios de la mente, el destino y lo desconocido. Cada historia es un viaje hacia lo inesperado, donde lo cotidiano se transforma en lo inquietante y lo extraordinario se esconde en las sombras de lo ordinario.

Desde encuentros con lo imposible hasta verdades que desafían la lógica, estas páginas invitan al lector a sumergirse en mundos donde las respuestas son esquivas y el misterio es la única certeza.

¿Estás listo para escuchar los ecos del pasado y descifrar los enigmas que acechan en la oscuridad?

